

EL SENTIDO COMO DON. PREGUNTAS SOBRE LA COMUNICACIÓN AL INTERIOR DE LA RELACIÓN TERAPÉUTICA.

Lic. Ana L. Almada

DNI 31567656

Esc. de Ciencias de la Información – Universidad Nacional de Córdoba

analaura.almada@gmail.com

Resumen:

En este trabajo se presentan los lineamientos de una investigación de carácter teórico y exploratorio, con respecto a las características que adquiere la comunicación interpersonal dentro de la relación terapéutica.

El punto de partida epistemológico para este trabajo lo constituye la imposibilidad del cierre de sentido. Éste remite, por un lado, a la tradición interpretativista de las ciencias sociales, donde el sentido es producto de la circulación de signos en una sociedad determinada. A su vez permite pensar los obstáculos que las teorías sobre la subjetividad (sobre todo la psicología) interponen a las nociones tradicionales de comunicación.

El punto de partida teórico lo constituyen los conceptos de doble vínculo en Watzlawick y las nociones psicoanalíticas de “transferencia” y “resistencia”. Como clave de lectura que vincula a estas dos perspectivas teóricas se remite a los aportes de Jacques Derrida. Éste postula al don como lo imposible (Derrida, 1995) y describe una dinámica también al estilo de un double bind que podría asociarse al problema del sentido.

Siguiendo la propuesta de considerar que el sentido adopta la forma del don derrideano, se puede observar cómo la imposibilidad del cierre de sentido y la asimetría son condiciones constitutivas de la comunicación al interior de las relaciones terapéuticas.

Palabras clave: Pragmática de la comunicación – Psicoanálisis – Lógica del don.

Inquietudes.

En los comienzos de la investigación y a manera de legitimación dentro del ámbito científico, las llamadas ciencias sociales cedieron a las prerrogativas que por entonces imponía el paradigma positivista. Se constituyeron en disciplinas que se proponían en un primer momento describir “lo social” y luego explicarlo. Si bien actualmente esta tendencia se mantiene en muchos círculos académicos, al respecto Eduardo Vizer considera que en este momento histórico es válido intentar un camino diferente, partiendo de una multiplicidad de universos de sentido aceptados como dominios de la realidad:

“Enhebrar nuevas interpretaciones para entender difusas construcciones de sentido, relatos y creencias sobre la naturaleza, sobre transformaciones y reconfiguraciones de la vida social, la subjetividad individual, la cultura y las implicancias (...) de las innovaciones tecnológicas en todos los dominios de la vida y de la reproducción social” (E. Vizer, 2006).

De todas las facetas que Vizer enumera, el eje para pensar la comunicación interpersonal y problematizar estos “dominios de sentido” en el presente trabajo será la subjetividad individual. Es la que permite comprender que éstos son formaciones que necesariamente circulan, mutando de individuo a individuo, a la vez incorporadas a la comunicación que los sujetos mantienen consigo mismos y con los otros.

Por este motivo, se adoptan las sistematizaciones que provee Paul Watzlawick para entender la comunicación interpersonal de acuerdo a una perspectiva sistémica. En consecuencia, para entender los aspectos pragmáticos de la comunicación se consideran sobre todo las relaciones que las partes mantienen entre sí.

En su Teoría de la Comunicación Humana, Watzlawick complejiza los vínculos interpersonales hasta considerarlos las posibles causas de psicopatologías como la esquizofrenia, debido precisamente a la insistencia en comunicaciones paradójicas.

Para la Psicología (y sobre todo para el psicoanálisis) la comunicación es considerada vehículo de la cura de estas patologías, aunque en un sentido más restringido.

En este contexto se considera que en el campo de las ciencias de la comunicación la relación con la psicología puede echar luz al problema de la circulación del sentido. Además esta relación da cuenta por un lado de las condiciones en que la comunicación puede volverse “patológica” y por otro lado de las condiciones que ella misma posee y que posibilita en un contexto determinado ser a la vez parte de “la cura”.

Para entender este proceso se retoman las principales teorizaciones del psicoanálisis freudiano acerca de las funciones de analista y paciente, la dinámica de la terapia con los diferentes registros que se ponen en juego según Lacan y los axiomas de Paul Watzlawick acerca de la comunicación. Adicionalmente se apela a la estrategia de lectura que nos propone Derrida sobre la imposibilidad del don.

Supuestos teóricos.

Hablar de comunicación interpersonal remite a pensar en el intercambio de sentidos al interior de una cultura. Es considerar la posibilidad de que a través del lenguaje hablado y compartido es posible “ponernos de acuerdo”, hacer circular los significados que hemos adquirido desde que nos incorporamos como humanos al mundo del lenguaje.

E. Vizer considera que “el factum, el hecho, se hace *interpretable e inteligible sólo a partir de determinados contextos y marcos teóricos que elabora un investigador*, una comunidad científica específica o bien la sociedad” (E. Vizer, 2006).

Esto significa que “la realidad” es fundamentalmente un mundo que nosotros mismos cargamos de sentido y no algo-que-está-ahí. Por lo tanto, los investigadores adoptan una serie de decisiones epistemológicas acerca de lo ontológico que inciden doblemente: en primer lugar sobre el propio lenguaje, delimitando aquello que designa y constituyendo a su vez un orden de sentido. Dentro de este orden se produce lo que Vizer denomina: “un

proceso de institución de un universo de sentido de lo real social ontológico, por medio del lenguaje y de la praxis” (E. Vizer, 2006).

En el caso del presente trabajo tanto la comunicación como la relación terapéutica constituyen universos de sentido con especificidades y complejidades que obligan a abordarlas desde una perspectiva estrictamente teórica.

En la misma línea, teniendo en cuenta las particularidades de la terapia psicoanalítica (sólo analista y analizado bajo estricto secreto profesional), para describirla apelaremos a las indicaciones que sus exponentes más relevantes han aportado a fin de comprender esta situación particular y su dinámica.

Por su parte, la comunicación interpersonal puede resultarnos más familiar en un nivel fenoménico, mientras que su descripción teórica resulta por el contrario compleja. Lo que está en juego además de lo observable a simple vista pertenece a los niveles que Watzlawick enunciará como verbal y conativo. Estos niveles no sólo se influyen mutuamente, sino que afectan el sentido del mensaje y la definición de la relación entre los sujetos que intervienen. Por ese motivo, se selecciona la perspectiva pragmática de Watzlawick ya que ésta explica no solamente la comunicación interpersonal, sino también sus posibles “vicios”, vistos según el autor como posible origen de ciertas psicopatologías.

Pragmática de la Comunicación.

Esta corriente teórica coloca en un lugar central para el estudio de las relaciones sociales a la comunicación, considerada precisamente el vehículo de las manifestaciones visibles de tales relaciones (Watzlawick, 1997). Por lo tanto, al suponer que las “manifestaciones visibles” incluyen no sólo lo verbal sino lo no-verbal y el lenguaje corporal, y afectan la conducta del “receptor”, se concluye con Watzlawick que *toda comunicación afecta a la conducta*. La comunicación es, a la vez, una conducta, por lo cual suelen equipararse conceptualmente. He aquí el aspecto “pragmático” de la comunicación.

Es este comienzo lo que conduce a pensar que, aún con sus particularidades, en el ámbito de la psicoterapia psicoanalítica se desarrolla en principio comunicación entre terapeuta y paciente. De hecho, lo que se pretende como resultado de dicha terapia es la modificación de la conducta del paciente de acuerdo al diagnóstico obtenido, aunque el terapeuta se encuentra generalmente operando en un nivel simbólico.

Dentro de su *Teoría de la Comunicación Humana*, Watzlawick desarrolla lo que denomina “Axiomas exploratorios de la comunicación”:

- 1) Imposibilidad de no comunicar: ya que no hay no-conducta, entonces no puede haber no-comunicación (Watzlawick, 1997).
- 2) Toda comunicación tiene un aspecto referencial y uno conativo. El primero transmite los “datos” de la comunicación, y el segundo, cómo debe entenderse dicha comunicación (Watzlawick, 1997). Por eso el aspecto conativo es entendido entonces como metacomunicación. Se trata de una comunicación acerca de la comunicación.
- 3) La naturaleza de una relación depende de la puntuación de secuencias de comunicación entre los interactuantes (Watzlawick, 1997): entendemos como secuencias al modo de organizar los hechos de la conducta, que responden a ciertos patrones de intercambio
- 4) Todos los humanos se comunican tanto digital como analógicamente (Watzlawick, 1997). El aspecto digital se refiere principalmente a la comunicación verbal, mientras que el analógico tiene que ver con lo no-verbal.
- 5) Todos los intercambios son simétricos o complementarios, según estén basados en la igualdad o en la diferencia (Watzlawick, 1997).

Todos estos axiomas tienen como correlato lo que según el autor son “síntomas” y constituyen una reacción posible a un tipo de comunicación absurda o insostenible. Esta concepción el síntoma permite enlazar la comunicación con las psicopatologías ya que abarca desde la etiología de las mismas hasta la cura. De allí la importancia de *lo relacional*

en cuanto metacomunicación que (en el mejor de los casos) aclare el sentido del contenido y devenga en comunicación terapéutica.

Esta visión de las relaciones sociales como “sistemas” no será aplicado a la relación entre terapeuta y paciente, ya que para ese contexto hemos elegido la propuesta del psicoanálisis es más pertinente y explicativa. Más bien la traemos a colación para demostrar la importancia que la sistémica ha tenido en la elaboración de los diagnósticos de algunas psicopatologías, sobre todo considerando lo que para Watzlawick son las paradojas de la comunicación, sobre las cuales debe actuar el terapeuta.

Interesa entonces observar cómo algunas de estas tareas pueden también vislumbrarse en el modo de concebir la labor del analista para el psicoanálisis. Como muchas veces los interactuantes (por el tipo de relación que sostienen) no pueden metacomunicarse, por lo general se necesita de un “tercero” interviniente que pueda detectar y operar sobre lo que se entiende por “doble vínculo”.

Según Watzlawick, el doble vínculo está relacionado a cierto tipo de interacciones comunicacionales no convencionales que cumplen con las siguientes características:

1. Dos o más personas participan en una relación intensa que posee gran valor para la supervivencia física y/o psicológica de una, varias o todas ellas.
2. En este contexto se da un mensaje tal que afirma algo, afirma algo de su propia afirmación y ambas afirmaciones son mutuamente excluyentes.
3. Impide que el receptor del mensaje se evada del marco establecido por ese mensaje, sea metacomunicándose sobre él o retrayéndose.
4. Cuando el doble vínculo es duradero, se convertirá en una perspectiva habitual y autónoma con respecto a la naturaleza de las relaciones humanas y del mundo en general.
5. La conducta paradójica impuesta por el doble vínculo es, a su vez, un doble vínculo, y conduce a un patrón de comunicación autoperpetuador. (Watzlawick, 1997).

Desde esta perspectiva entonces, es posible considerar la posición terapéutica precisamente como aquella que interviene en el sistema “patológico”, para poder así modificar su lógica, habiendo previamente detectado estos “vicios” comunicacionales. Watzlawick sostiene que para que tales modificaciones sean posibles, los terapeutas con anterioridad estudian las conductas observables de las relaciones entre los componentes: las comunicaciones entre ellos.

El psicoanálisis.

Una de las primeras definiciones acerca del tipo de terapia que propone S. Freud aparece delineada en su trabajo “Sobre psicoterapia” de 1904, donde de manera sintética afirma:

“Así, pues, os diré que *nuestra terapia se funda en el conocimiento de que las representaciones inconscientes -o mejor dicho, la naturaleza inconsciente de ciertos procesos anímicos- es la causa primera de los síntomas patológicos.*” (S. Freud, 1994)

En este sentido, Freud adelanta lo que posteriormente explicará acerca de la resistencia como proceso esencial en la cura, relacionando esas representaciones inconscientes a “lo reprimido” que no desea salir a la luz porque precisamente genera un displacer que se desea evitar. Por lo tanto, será valorada la labor terapéutica en cuanto pueda ir lentamente relacionando al analizado con esas representaciones, y de esa manera favorecer a la cura de estados anímicos considerados en este caso “neuróticos”.

En sus escritos “La dinámica de la transferencia” (1912) y “Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico” (1912), Freud desarrolla principalmente las nociones de “transferencia” y “resistencia” como dos conceptos que permiten entender la dinámica que se da al interior del tratamiento y también lo que quiere decir el psicoanálisis cuando habla de la “cura”. Freud sostiene que *la transferencia se relaciona estrechamente con la resistencia que el individuo interpone al psicoanálisis*, por cuanto la intensidad y duración de la transferencia son efecto y manifestación de la resistencia.

Precisamente con relación a la cura, se hace necesario distinguir entre dos tipos de transferencia: una «positiva» y una «negativa», una transferencia de sentimientos cariñosos y otra de sentimientos hostiles. La transferencia positiva se descompone a su vez en: “aquellos sentimientos amistosos o tiernos que son capaces de conciencia y en la de sus prolongaciones en lo inconsciente”. (Freud, 1994)

De acuerdo a esta perspectiva entonces analista y analizado son colocados en lugares con cierta asimetría relativa, donde *por un lado hay una supuesta resistencia al análisis, y por el otro una capacidad de sugestión que posibilite el manejo de esa transferencia*, por lo cual el mismo Freud planteará al psicoanálisis como un espacio de lucha: “Esta lucha entre el médico y el paciente, entre el intelecto y el instinto, entre el conocimiento y la acción, se desarrolla casi por entero en el terreno de los fenómenos de la transferencia.” (Freud, 1994)

Con estas nociones de transferencia y resistencia surge lo que posteriormente se denominará la *Regla Fundamental* para el correcto funcionamiento de la situación de terapia, también para que el analista pueda mantener el control de la misma y encaminar la cura. *Junto con la asociación libre y la atención flotante, para la psicología -durante la psicoterapia- no hay intercambio, sino transferencia.* Esto supone que el paciente “comunique cuanto pase por su mente sin omitir nada, aun cuando sus ocurrencias le parezcan poco importantes o descabelladas o le resultan vergonzantes o penosas, y que el analista se mantenga pasivo, a la espera de la transferencia que le permita realizar una interpretación y la posterior prosecución del flujo asociativo” (Ipar, 2010). Esta descripción corresponde a una especie de esquema acerca de la situación analítica, que en la práctica difícilmente se lleve a cabo ya que el paciente nunca dice “todo” en un análisis, de la misma manera que el terapeuta no siempre realiza interpretaciones correctas. Tal concepción de la dinámica terapéutica es lo que convierte en psicoanalítico al “encuadre”.

Lacan, por su parte, sostiene que es necesario mantener el modelo de intervención freudiano, pero que hay que debe distinguirse bien entre las intervenciones que se realizan a nivel de registro de lo Simbólico y aquellas que lo hacen en el nivel de lo Imaginario.

Además, Lacan señala claramente que la posición del analista depende de la concepción de la cura que sostenga, se dé cuenta o no, lo que va a determinar el destino de la misma.

Se incorpora entonces a la discusión la noción de contratransferencia, que no ha sido explícitamente definida por Freud en lo que se conocen como sus “escritos técnicos” aunque se encuentra estrechamente relacionada a la posición del analista en relación con el analizado. Al respecto, Lacan afirma: “La importancia creciente actualmente atribuida a la contratransferencia implica *el reconocimiento de que, en el análisis, no sólo está el paciente. Hay dos; y no solamente dos.*” (Lacan, 1999)

Más adelante, en el mismo seminario, afirmará que la experiencia analítica se debe formular en una relación de tres, haciendo alusión a lo que denomina el Otro como tercero que interviene indefectiblemente, y en relación al cual se vinculan de diferente forma analista y analizado. Este gran Otro encierra los códigos de la cultura, la Ley, el lenguaje, el significante, tanto determinando al sujeto exteriormente o desde la intersubjetividad.

Hasta aquí, el encuadre que propone el psicoanálisis cuenta con una estructura ternaria, al igual que la intervención sobre el doble vínculo según Watzlawick. La propuesta derrideana de la imposibilidad del don plantea cómo esta terceridad fenoménica es la causa misma de esa imposibilidad, lo que parece una buena metáfora para sostener que el cierre de sentido es igualmente imposible. Quizá necesariamente.

La propuesta de la deconstrucción:

Para vincular las dos propuestas que aquí se abordan, una relativa a la comunicación y la otra estrictamente psicoanalítica, se retoman algunas de las claves de lectura que propone J. Derrida. Principalmente se hace hincapié en su idea de una imposibilidad del don, como metáfora que se re-itera en la situación psicoanalítica y en la comunicativa (al menos teóricamente).

La intención es entonces poder mostrar cómo esta aporía es constitutiva en ambas situaciones, volviéndose necesaria particularmente para la cura (de acuerdo a la propuesta del encuadre psicoanalítico).

En *Dar el tiempo* (Paidós, Buenos Aires, 1995), Derrida pone en relieve el aspecto aneconómico del don, partiendo de una definición bastante convencional del mismo: “Para que haya don es preciso que no haya reciprocidad, ni devolución, ni intercambio, ni contradon, ni deuda. Tanto si dicha restitución es inmediata como si se programa en el complejo calculo de una *différance* a largo plazo.” (Derrida, 1995).

Al considerarlo “aneconómico”, se refiere a la relación del don con el intercambio por cuanto: “la economía comporta los valores de ley (nomos) y de casa (oikos es la casa, la propiedad, la familia, el hogar, el fuego de dentro). Nomos no significa sólo la ley en general sino también la ley de distribución (nemein), la ley de la partición, la ley como partición (moira), la parte dada o asignada, la participación” (Derrida, 1995).

Teniendo en cuenta la figura circular que adopta el intercambio (CIRCULA-ción de bienes, productos, signos monetarios o mercancías), Derrida se pregunta entonces si la concepción de un don (si es que existiera o fuera posible) no vendría a interrumpir la lógica económica poniendo en entredicho la reciprocidad, la obligación de retorno que supone el intercambio. Concretamente, plantea lo aporético del dar por cuanto su intencionalidad es siempre ternaria: alguien da algo a alguien. En palabras del propio Derrida: “No hay don sin vínculo de un double bind muy singular, sin deuda, sin obligación o atadura, pero no hay don que no deba desvincularse de la obligación, de la deuda, del contrato, del intercambio, del bind. Es una aporía.” (Derrida, 1995)

En este caso, a diferencia de lo que postula Watzlawick como “doble vínculo” (double bind), lo aporético reside en el lugar que ocupa el don con respecto a la ley del intercambio, porque si bien la figura del círculo es esencial para lo económico, el don debe seguir siendo aneconómico. Pertenecer (pero no) al círculo, poner en entredicho su dinámica, relacionarse con cierta “extrañeza”, de aquí que Derrida piense que es imposible, lo imposible. Es decir:

del doble vínculo según Watzlawick puede “salirse” con la colaboración de un analista, mientras que las aporías para Derrida no tienen solución posible, no es factible “salirse” de ellas.

En otras palabras: “En cuanto el don aparezca como don, como tal, como lo que es, en su fenómeno, su sentido y su esencia, estará implicado en una estructura simbólica, sacrificial o económica que anulará el don en el círculo ritual de la deuda. La mera intención de dar, en la medida en que comporta el sentido intencional del don, basta para dar por descontada la reciprocidad.” (Derrida, 1995).

Por este motivo parece de utilidad la lógica del don para pensar y articular características que atraviesan tanto las relaciones comunicativas como las psicoanalíticas. De esta manera se retoma la principal hipótesis de trabajo: considerar el don como si fuera el sentido nos permite pensar que tanto en la comunicación cotidiana como en la situación psicoanalítica es imposible “darlo”, aún cuando las condiciones aparentes coloquen a uno de los sujetos intervinientes en posición de “sujeto supuesto saber” (al decir de Lacan): “Desde que en alguna parte hay el sujeto supuesto saber que hoy les he resumido en lo alto de la pizarra por S.s.S. -hay transferencia. (...)¿Quién puede sentirse plenamente investido de este sujeto supuesto saber? No es la cuestión. La cuestión es en primer lugar, para cada sujeto, donde se ubica para dirigirse al sujeto supuesto saber. Cada vez que esta función puede ser encarnada, para cada sujeto, en alguien, quienquiera que sea, analista o no, resulta, de la definición que acabo de darles, resulta, digo, que la transferencia desde ese momento ya está fundada.” (Lacan, 1999)

Específicamente, el considerar el sentido como un don, lo ubica en el mismo nivel de aneconómico, por cuanto es en todo caso la “ilusión” de una entrega sin intercambio, pero a la vez es esta “entrega ilusoria” siempre posible dentro de un double bind, ya sea entre analista-analizado o en la comunicación interpersonal. La diferencia, en todo caso, radicaría en el hecho de que el analista dentro de la relación terapéutica opera mayormente (aunque no exclusivamente) sobre los sentidos de su analizado (en cuanto a cadena significativa).

Esto lo hace en un nivel diferente a los que describe Watzlawick (referencial y conativo), nivel que se denomina “inconsciente”.

De la misma manera, es ineludible la existencia de cierta complementariedad en la relación terapéutica, por cuanto: “el paciente acepta obedecer la regla fundamental (...) mientras que el analista se abstiene de este tipo de discurso libre. En su lugar, da interpretaciones de lo que ha dicho su paciente.” (Forrester, 1992).

Se pueden ver así las posibilidades que la metáfora derrideana abre para vincular una propuesta teórica de la comunicación considerada estrictamente sistémica, con los principales desarrollos del psicoanálisis, si se observan los siguientes ítems:

1. La noción de double bind es diferente en Watzlawick y Derrida, pero suponen en su estructura una figura ternaria con relación a la ley, de la misma manera que en la relación terapéutica, según J. Lacan “(...) sin que intervenga un tercer elemento, no existe two bodies' psychology. Si se toma la palabra tal como se debe, como perspectiva central, la experiencia analítica debe formularse en una relación de tres, y no de dos.” (Lacan, 1999).
2. Los diferentes niveles que se ven implicados en la comunicación que caracteriza Watzlawick (digital/analógico, referencial/conativo) en cierto punto forman parte de las “variables” a considerar por parte del analista dentro del encuadre para controlarlas y favorecer así el proceso de “cura” del analizado. De la misma manera, Derrida dirá que “para que haya don, es preciso que el don no aparezca siquiera, que no sea percibido como don” (Derrida, 1995), es decir que el psicoanalista desde un comienzo sabe que no “dará algo”, sino que opera sobre ciertos niveles (inconsciente para Freud, luego simbólico para Lacan) que dan al analizado la ilusión de “recibir algo”.
3. Relacionado al punto anterior, los conceptos de “transferencia” y “resistencia” son ejemplos en este caso de cómo los diferentes niveles que enumera Watzlawick no sólo están en juego dentro de la relación terapéutica, sino que son herramientas para el analista y constituyen la posibilidad misma de la cura.

4. Si se tienen en cuenta las características de la comunicación y las indicaciones que Freud realiza a quienes pretendan ser psicoanalistas, podemos considerar que en ambos casos el “sentido” de las comunicaciones se presenta imposible, al estilo del don derrideano. En el primer caso, lo metacomunicacional hace suponer que la potencial necesidad de una “explicación” descarte la univocidad del aspecto referencial. En el segundo caso, el analista opera a un nivel inconsciente sobre los significantes que ya posee el analizado, por lo general con la intención de detener el “círculo vicioso” de los dobles vínculos que éste mantiene con otros sujetos. En estos casos es la superación de las resistencias que logre el analizado lo que permite que se modifiquen ciertos significantes, pero no existe unidireccionalidad aún cuando las interpretaciones las haga solamente el analista.

El devenir:

Por todo lo desarrollado hasta aquí podría pensarse que no se han tenido en cuenta los usos que la psicología ya viene realizando acerca de lo que es “la comunicación” y cuáles son más o menos correctos para utilizar durante la terapia.

Sin embargo, resulta interesante traer a colación la utilización que Freud principalmente, y posteriormente Lacan, hacen de lo que es “comunicación” para describir más claramente este lugar del “tercero” necesario para la terapia y a la vez condición de imposibilidad de escape de la lógica del intercambio.

La principal función de la terapia para S. Freud consistiría en lograr vencer la resistencia que el analizado interpone y a la vez utilizar la transferencia para iniciar el camino de la cura. Encontramos una primera forma de entender la comunicación entre el analista y el analizado cuando Freud señala: “La tarea de la terapia consiste en combatir esas resistencias. La comunicación de lo que el enfermo no sabe porque lo ha reprimido es sólo uno de los preliminares necesarios de la terapia.” (S. Freud, 1910).

Con esto quiere decir que esa “división de tareas” que propone el encuadre psicoanalítico, donde el paciente asocia libremente y el terapeuta interpreta, es lo que abre la posibilidad

de que con el tiempo puedan hacerse conscientes significados que el analizado no sabía que tenía por estar éstos reprimidos.

Podría parecer en primera instancia que en este tipo de comunicación es el analista el que provee al analizado de las representaciones necesarias para liberar el contenido reprimido en el inconsciente, pero Freud aclara que es el mismo paciente quien realiza el trabajo “por sí mismo”, es él mismo quien vence las resistencias que colocaron “eso” en el inconsciente por rechazo del consciente.

Sucede más bien que el analista hace las veces de un *catalizador* que colabora con el analizado en esta lucha contra las resistencias.

El primer obstáculo para lograr esto es precisamente acceder al inconsciente. Freud mismo se pregunta cómo sería esto posible, concluyendo que sólo se accede a lo que ha sido transcrito o traducido al consciente: “¿De qué modo podemos llegar a conocer lo inconsciente? Desde luego, lo conocemos sólo como consciente, después que ha experimentado una trasposición o traducción a lo consciente. El trabajo psicoanalítico nos brinda todos los días la experiencia de que esa traducción es posible. Para ello se requiere que el analizado venza ciertas resistencias, las mismas que en su momento convirtieron a eso en reprimido por rechazo de lo consciente.” (Freud, 1994).

Ahora bien, si en apariencia es el analizado quien vence las resistencias y consigue representar conscientemente parte de lo reprimido, ¿qué papel ha cumplido hasta aquí el analista?

Quien se ha realizado esta pregunta y le ha dedicado gran parte de su obra es Jacques Lacan, sosteniendo que: “La interpretación del analista no hace más que encubrir el hecho de que el inconsciente -si es lo que yo digo, a saber, juego del significante- ya ha procedido en sus formaciones -sueño, lapsus, chiste o síntoma- por interpretación. El Otro, el gran Otro ya está allí, en cualquier abertura, por fugitiva que sea, del inconsciente.” (Lacan, 1999).

Este “Otro” a quien se refiere Lacan es lo que constituye el “tercer lugar” o el “tercero interviniente” que participa de la dinámica del psicoanálisis sin ser una entidad física, pero afectando sobre todo las representaciones (o significaciones para este autor) que traspasen la barrera de lo reprimido. Precisamente porque este “gran Otro” es (a diferencia del “otro”, perteneciente a la dualidad) el discurso o lugar simbólico que determina al sujeto y que puede ser el significante, el lenguaje o la ley (o todos ellos).

En este contexto, el uso de “comunicación” se refiere sobre todo a los resultados del manejo de la transferencia y las interpretaciones del analista luego de un período de contacto prolongado con el paciente.

Podemos ver en este caso también la aparición de la figura ternaria a la que alude J. Derrida cuando desarrolla la dinámica del don, si consideramos que hay dos sujetos que supuestamente se “comunican” y una terceridad con relación a la ley que es precisamente el Otro.

Sobre todo Lacan se opone a considerar que entre analista y analizado existe intercambio, pero dentro de la situación de la psicoterapia se dan ciertas condiciones que permiten ubicar a los intervinientes dentro de la Ley (en este caso la economía del intercambio) y a la vez ubicar a esa terceridad que se constituye como exterioridad a ambos y que en este caso sería el concepto del “gran Otro”.

Introduce en el Seminario III el problema de la definición de la comunicación, concluyendo: “¿Cuándo se puede hablar verdaderamente de comunicación? Me dirán que es evidente: se necesita una respuesta. (...) ¿Pero estamos ya acaso a nivel de la función del significante? Yo digo que no. En una máquina termo-dinámica sustentada en una retroalimentación, no hay uso del significante. ¿Por qué? El aislamiento del significante en tanto tal necesita otra cosa, que primero se presenta de modo paradójico, como toda distinción dialéctica. Hay uso estricto del significante a partir del momento en que, a nivel del receptor, lo que importa no es el efecto del contenido del mensaje, no es el desencadenamiento en el órgano de determinada reacción debida a la llegada de la

hormona, sino lo siguiente: que en el punto de llegada del mensaje, se toma constancia del mensaje.” (Lacan, 1999)

En apariencia este podría ser el caso de lo que ocurre al interior de la terapia psicoanalítica, pero Lacan anteriormente ya había descartado la posibilidad de que exista una “comunicación” -como intercambio- al considerar que: “Sólo hay posibilidad de intercambio a través de la identificación recíproca de dos universos completos de lenguaje. En consecuencia, toda palabra es ya, en tanto tal, un enseñar. No es un juego de signos, no se sitúa a nivel de la información, sino a nivel de la verdad.” (Lacan, 1999).

Con esto precisamente se refiere la afirmación de que en la terapia no hay intercambio, sino que hay transferencia.

Retomando los axiomas exploratorios que Watzlawick enumera en los primeros capítulos de la “Teoría de la comunicación humana”, puede decirse que la comunicación es ese comportamiento inevitable que relaciona a dos sujetos a través de diferentes niveles (referencial o conativo, digital o analógico) y que a la vez define esa misma relación a través de la puntuación de secuencias que se establezcan, ya sea que los sujetos se vinculen asimétrica o complementariamente.

¿Cómo es esta definición compatible con la idea de intercambio lacaniano? De acuerdo a la importancia que se le atribuye a la “toma de constancia del mensaje”, en cuanto a que constituye al intercambio como significante (distinguiéndolo de lo “significativo”). Es decir: ya no es lo determinante lo que se transmite a nivel de contenido, sino la posibilidad y circulación de significantes.

Aquí asoman las primeras similitudes: tanto los significados como las palabras que conforman el lenguaje que compartimos podrían vincularse a lo que Lacan se refiere con “contenido”. Esto a la vez es análogo a lo que Watzlawick entiende por niveles referencial o digital. Mientras, lo que realmente constituye al intercambio como significante es para Lacan esta constatación de la recepción del mensaje que incluye no solo una retroalimentación a nivel de contenido sino una constancia en términos de acto de palabra,

en cuanto a lo performativo (¿pragmático?) del intercambio. Precisamente porque para el psicoanálisis muchas veces es el significante el que define y determina las acciones, las palabras o el destino del sujeto. Quizá por esto es “imposible no comunicar”, al decir de Watzlawick, o según se entiende, lo pragmático está determinado por ciertos significantes, por lo cual tampoco podríamos “significar” una “no-conducta”.

El problema:

Retomando el principio epistemológico de la *imposibilidad del cierre de sentido* nos preguntamos ahora cuáles son los indicios que (desde lo teórico, al menos) dan cuenta de ese *entendimiento elemental* que es parte a la vez de *la ilusión de sentido* constitutiva en los dos tipos de relaciones que analizamos.

En el caso de la comunicación tal y como la describe Watzlawick encontramos incertidumbre con respecto a la incidencia de lo referencial y de lo conativo, sólo se sabe que se influyen mutuamente, pero falta ese movimiento inicial que constituya el origen de un doble vínculo.

Suponemos, sin embargo, que el énfasis puesto en los aspectos conativo y analógico, pueden conducir a una primacía de lo relacional por sobre la semántica del mensaje. Esto lo acercaría a la propuesta del psicoanálisis por cuanto es en el movimiento intersubjetivo que se incorpora la Ley, el Registro Simbólico, el lugar donde se producen los intercambios simbólicos, el marco para los anudamientos de significados y significantes.

Recapitulando acerca del problema de la terceridad, queda claro el lugar específico que ocupa una vez que se necesita intervenir sobre una secuencia de dobles-vínculos, adoptando en este caso la forma de una persona física (el terapeuta). Mientras que en el caso de la relación analista-analizado, el “tercero” es el Gran Otro que incorporamos (¿o nos incorpora?) cuando establecemos relaciones con los otros sociales.

El caso de la comunicación considerada en función de los axiomas plantea un problema similar al de la lógica del don: ontológicamente la imposibilidad de no-comunicar es ya una

aporía, es un no-camino, no hay margen de elección, aunque los intervinientes tengan la “ilusión” de que sí lo hacen, o inclusive crean que mediante la emisión de un mensaje efectivamente están intercambiando sentidos.

A su vez, en todas estas “duplas” conceptuales que desarrolla Watzlawick existe un “espacio en blanco” o hiato teórico que no alcanza a cubrirse con los axiomas exploratorios que propone, ese lugar indeterminado que aparentemente resulta inaccesible desde los datos observables de la conducta y que parece ser desde donde la pura subjetividad opera.

A ese lugar accede el psicoanálisis para considerar que de hecho existen unos “efectos de sentido” si se consideran los cruces entre lo que Lacan denominó registros Simbólico e Imaginario: “El efecto de sentido exigible, el efecto de sentido exigible del discurso analítico no es imaginario. Tampoco es simbólico. Es preciso que sea real. Y de lo que yo me ocupo (...) es de tratar de estrechar más cuál puede ser el real de un efecto de sentido, porque por otro lado está bien claro que estamos acostumbrados a que el efecto de sentido se vehiculice por medio de unas palabras y no sea sin reflexiones, sin ondulaciones imaginarias.” (Lacan, 1999). El registro Simbólico es lo que provee estructura de lenguaje al inconsciente, que en su mayoría responde al registro Imaginario, a excepción del momento en que el gran Otro otorga *discursividad* a este contenido oculto, en la forma de leyes (ya sean de lenguaje, morales, etc.). Por este motivo las nociones de Registro Simbólico y Gran Otro se relacionan en cuanto principales “limitaciones” impuestas al sujeto ya sea de lo que se puede decir o inclusive cómo puede o debe ser dicho. El desarrollo de estos tres registros permite decir que la figura del gran Otro es relevante a la hora de pensar la terceridad ya que tiene su origen luego de que el sujeto es introducido-en-el-mundo.

Lo interesante de esta perspectiva es posibilitar de cierta manera encontrar esa “bisagra” que relaciona ese lugar de aparente inaccesibilidad para la definición de comunicación de P. Watzlawick y lo observable de la conducta que puede estudiarse para entender ciertas patologías que devienen tales tras una prolongada serie de comunicaciones distorsionadas.

El psicoanálisis se inmiscuye en ese lugar del sujeto que no siempre sale a la luz, y que aún haciéndose consciente nunca es del todo el contenido que subyacía inconscientemente, sino una traducción, y como tal, inexacta, multívoca.

A modo de cierre:

Se vuelve a considerar entonces la imposibilidad del don como imposibilidad de cierre del sentido, además de atender a ciertos indicios para creer que esta imposibilidad es constitutiva y necesaria tanto en la comunicación interpersonal como en las relaciones terapéuticas.

En el primer caso, cuando Watzlawick introduce la idea de metacomunicación, abre la posibilidad de potenciales “malentendidos” o incluso “desacuerdos” (sobre todo cuando se trata de definición de la relación entre los intervinientes). Esta necesidad de explicación de la comunicación de por sí descarta la univocidad de los aspectos referencial y conativo. Mucho más aún de los aspectos analógico y digital, que difícilmente puedan ser “normativizados” al estilo de una sintaxis como el lenguaje, además de requerir siempre una interpretación que está librada sobre todo a los significados que pone en juego el receptor.

Todas estas condiciones hacen suponer que la mera “transmisión” de sentido es una ilusión detrás de unas relaciones comunicacionales más bien opacas, determinadas por contenidos que ni siquiera los propios sujetos de la comunicación saben que poseen, y mucho de los cuales tampoco son capaces de explicitar en una potencial metacomunicación con otros.

En el caso de las relaciones terapéuticas, ocurre que el analista debe trabajar precisamente sobre esos contenidos ocultos en el inconsciente que el analizado por sí mismo no puede hacer conscientes. Puede ocurrir que esta tarea sea necesaria para detener una serie de doble-vínculos que el paciente mantenga con terceros. Pero lo que se debe tener presente es que la cura depende de la posición que adopte y que se construya el analista dentro de la

relación, pero por sobre todo de la capacidad del analizado de vencer las resistencias que mantienen a ciertos discursos precluidos.

Esto hace suponer que no existiría unidireccionalidad en la comunicación aún cuando solamente el analista haga las interpretaciones, pero sí una complementariedad necesaria para que el S.s.S. ocupe el lugar desde donde surja la energía para poner en movimiento lo que el analizado a veces ni siquiera sabe que ha incorporado como significantes en los intercambios simbólicos que ha tenido a lo largo de su biografía.

De acuerdo a todas las características que se han desarrollado para ambas situaciones interpersonales puede suponerse que *efectivamente la imposibilidad del cierre de sentido es una condición y a la vez una posibilidad para la cura*. En el caso de la comunicación interpersonal en la mayoría de las ocasiones el contexto no está controlado o construido por algunos de los intervinientes, mientras que en la relación terapéutica es necesario el encuadre del analista para que efectivamente se conduzca la “cura”.

También puede considerarse que la comunicación humana como fenómeno puede ocurrir dentro del marco de la psicoterapia aunque no necesariamente. Sobre todo porque no hay certezas acerca del estatuto que tendrían en este contexto las “respuestas” a las que hace alusión Lacan. En caso de considerar que fuera posible, la comunicación tendría condiciones particulares: para la terapia la complementariedad es constitutiva, el analizado acude al analista (en la mayoría de las ocasiones) porque lo inviste de un saber que no necesariamente tiene, pero que aparentemente le posibilita realizar las interpretaciones e intervenciones que ponen a circular los significantes. Esto quiere decir que la puntuación de secuencias es especial: depende del encuadre que seleccione el analista y es éste el encargado de marcar las secuencias. Puede decirse entonces que si aceptamos el estatuto ontológico de la imposibilidad de no-comunicar, lo que hace especial a aquella comunicación dentro de la terapia es la dinámica particular que adopta la circulación de los significados, donde los intercambios significantes están más bien direccionados hacia el interior mismo del discurso del analizado.

La metáfora que provee J. Derrida entonces despierta una serie de preguntas con respecto a las relaciones terapéuticas: si no hay intercambio, *¿al haber transferencia hay alguna especie de don? ¿Es efectivamente una ilusión del don lo que ocupa el lugar de esas expectativas que se crea el analizado? ¿O más bien el Registro Simbólico es una serie de continuos intercambios y por lo tanto es imposible el don también en la psicoterapia?*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Derrida, Jacques (1995). *Dar el tiempo*. Paidós, Buenos Aires.
- Forrester, John (1992) *Seducciones del psicoanálisis*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Freud, Sigmund (1994). *Sobre psicoterapia*. Traducción José Luis Etcheverry, comentarios y ordenamiento de James Strachey. Obras completas, Volumen VII, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1994). *La dinámica de la transferencia*. Traducción José Luis Etcheverry, comentarios y ordenamiento de James Strachey. Obras completas, Volumen XII, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1994). *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. Traducción José Luis Etcheverry, comentarios y ordenamiento de James Strachey. Obras completas, Volumen XII, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Freud, Sigmund (1994). *Lo inconsciente*. Traducción José Luis Etcheverry, comentarios y ordenamiento de James Strachey. Obras completas, Volumen XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Ipar, Juan José. *Diálogo psicoanalítico*. Disponible 10 de febrero de 2010 en <http://www.aap.org.ar/publicaciones/dinamica/dinamica-4/tema-11.htm>
- Lacan, Jacques (1999). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud. Apertura*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (1999). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud. Clase I: Introducción a los comentarios sobre los escritos técnicos de Freud*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (1999). *Seminario II: El Yo en la teoría de Freud. Clase XXIII: Psicoanálisis y cibernética, o la naturaleza del lenguaje*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. Buenos Aires.

- Lacan, Jacques (1999). *Seminario III: Las psicosis. Clase XXI: Los incautos no yerran (los nombres del padre)*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (1999). *Seminario XI: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Clase XVII: El sujeto y el Otro (II): La afanisis*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (1999). *Seminario XXII: R-S-I. Clase XXIII: 10 de diciembre de 1974*. Escuela Freudiana de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Vizer, Eduardo (2006). *La trama invisible de la vida social. Comunicación, sentido y sociedad*. Ed. La Crujía, Buenos Aires.
- Watzlawick, Paul (1997). *Teoría de la Comunicación Humana*. Herder, Barcelona.